



El Ministerio Creciendo en Gracia y la Superioridad Absoluta del Apóstol Pablo

Por René X. Pereira

“Para poder interpretar las Sagradas Escrituras y el evangelio correctamente hay que entender el evangelio que Pablo predicó . . . Hoy en día tenemos diversidad de interpretaciones de la palabra de Dios y muchas divisiones por no entender las 14 epístolas de Pablo . . . Sólo al entender estas 14 cartas paulinas podemos interpretar debidamente toda la palabra de Dios”.¹

El Ministerio Creciendo en Gracia fue fundado en 1988 en Miami, Florida — EE. UU. por el puertorriqueño José Luis De Jesús. Creciendo en Gracia ha adoptado una posición sumamente distorsionada con relación a las cartas paulinas y los otros libros del Nuevo Testamento. No cabe duda de que al apóstol San Pablo entendió de una manera sumamente clara la abolición de las leyes y preceptos del antiguo pacto. Su experiencia dentro del fariseísmo, donde como él mismo afirmaba “aventajaba a muchos de sus contemporáneos” y su posterior encuentro con Jesucristo, derribaron todo su orgullo religioso, y pudo comprender Saulo de Tarso (Pablo) la superioridad de un nuevo pacto establecido sobre mejores promesas.

También es cierto que al principio, a los apóstoles que anduvieron con el Señor se les hizo difícil aceptar que los gentiles pudieran ser incluidos en el plan de Dios. Por esto vemos en el libro de los Hechos cómo el Señor permitió que los gentiles que venían al evangelio experimentaran inmediatamente ciertos dones, del mismo modo que lo hicieron los creyentes judíos. La Biblia nos muestra que hubo conflicto entre algunos cristianos de origen judío, llamados los judaizantes, y el apóstol Pablo; éste entendía que la fe en Cristo era suficiente y no era ya necesario imponer mandamientos a los gentiles creyentes de guardar el sábado o la circuncisión.

Pablo mismo nos dice que tuvo que reprender al apóstol Pedro cara a cara porque se dejó arrastrar en la hipocresía de los judaizantes y cuando llegaban los creyentes judíos ya no quería juntarse con los creyentes gentiles (Gál. 2:11-16). El Señor hasta tuvo que hablarle por visión al mismo Pedro cuando vio aquel lienzo que descendía del cielo repleto de animales considerados inmundos por la ley de Moisés, y Dios le ordenó que los matara y se los comiera porque lo que Él limpió ya no es inmundo (Hch. 10:9-15). Con esta visión Dios quería mostrarle al apóstol que lo que es limpiado por la sangre de Cristo ha sido purificado de toda inmundicia.

Finalmente, cuando las conversiones de los gentiles en Asia y Europa sobrepasaban el número de los creyentes judíos, los apóstoles decidieron convocar a los ancianos a un importante concilio en Jerusalén. Allí el apóstol Pablo tuvo la oportunidad de aclarar su posición y en aquel concilio quedó claramente establecido y aceptado, aún por Santiago y Pedro, que no era necesario imponer ninguna carga ceremonial de la ley a los creyentes. Sólo se exhortó a que los gentiles se abstuvieran de lo sacrificado a los ídolos y las ceremonias de sangre típicas de las culturas paganas donde ellos vivían. El mismo apóstol Pablo aceptó esta exhortación entendiendo que era necesaria, no porque el creyente se pudiera contaminar con esos alimentos, sino para guardar el testimonio y evitar ser piedra de tropiezo a los débiles en la fe (Hch. 15:24-29; 1 Cor. 8:1-9).

A pesar de que San Pablo se dedicó mayormente a llevar el mensaje del Reino de Dios a los pueblos gentiles, conforme a su llamado, siempre sintió una carga por los de su nación, los israelitas. En cada lugar que visitaba, entraba en la sinagoga y buscaba hablarles del Señor a sus compatriotas. Muchas veces fue rechazado por esos

judíos incrédulos y constantemente Pablo les decía que por cuanto habían desechado la Palabra de la Cruz, el Señor llamaría a un pueblo que, aunque antes estaba separado y alejado de toda esperanza, ahora por la gracia de Dios sería injertado en el nuevo pacto.

Sin embargo, Pablo siempre aclaró que Dios no había desechado a su pueblo (Rom. 11:1-5), porque él mismo era descendiente de los israelitas. De esa manera Pablo dejó establecido que la salvación no era ni es algo nacional, sino por elección. Que la verdadera Israel de Dios está constituida por todos aquellos judíos y gentiles que han creído en Jesucristo (Rom. 9:1-4). La Israel verdadera de Dios es una Israel espiritual y no nacional; como siempre lo ha sido aun desde el Antiguo Testamento.

Con el tiempo los demás apóstoles entendieron todo esto de manera clara y un análisis serio de los escritos de éstos nos muestran que entendían a plenitud la gracia de Dios.² De manera que cuando Pedro hace referencia a los escritos de Pablo como difíciles de entender, no está diciendo que él mismo no los entiende, sino que hay indoctos e inconstantes que los tuercen como también las demás Escrituras (2 Ped. 3:16). Por el contrario, Pedro reconoce la legitimidad de los escritos paulinos. Creciendo en Gracia exagera esta pugna que realmente no fue entre Pablo y los demás apóstoles de Jerusalén, sino entre los cristianos judaizantes que (como ocurre hoy en día con algunos hermanos sin entendimiento) se dedicaron a juzgar a los gentiles porque no practicaban las ceremonias judías.

Tanto Pedro como Santiago aclaran que esos que llegaron a las iglesias a estorbar no iban de parte de ellos. Así lo dice en Hechos 15:24: "Por cuanto hemos oído que algunos que han salido de nosotros, a los cuales no dimos orden, os han inquietado con palabras, perturbando vuestras almas, mandando circuncidaros y guardar la ley."

No obstante la exageración o desenfoco de esta supuesta "contradicción" es utilizada por este movimiento para restarle autoridad y credibilidad a las epístolas o escritos bíblicos de Pedro, Juan y Santiago. Creciendo en Gracia falla en entender la Biblia donde la gracia de Dios ha estado manifiesta aun desde el mismo Antiguo Testamento, y que tanto en éste como en el Nuevo, los elegidos fueron justificados por la fe y no por las obras. Toda la Biblia tiene un mensaje centralizado en Jesucristo, el cual está presente de manera tipológica aun en la pascua hebrea y en las demás ceremonias y sacrificios de la ley. Esta manera de separar las cartas paulinas como únicas expositoras de la revelación más perfecta en detrimento de las demás escrituras, también es típica de los grupos ultradispensacionalistas.

Es sabido que en el caso de los evangelios, enseñan por ejemplo que el Sermón del Monte no era para la iglesia, sino para los judíos, y que Cristo vino a traer un mensaje de ley y no de gracia. Por eso algunos hasta niegan la ordenanza del bautismo, alegando que fue instituido al principio por Juan el Bautista y Jesucristo, pero San Pablo no lo practicaba (basándose en el texto de 1 Co. 1:17 donde dice que el Señor no lo envió a bautizar sino a predicar el evangelio), si bien el mismo fue bautizado y bautizó a muchas personas. Estos grupos sólo emplean las cartas paulinas como la única fuente sana de enseñanza para la iglesia gentil.

Al menospreciar o subestimar los evangelios y las epístolas generales se pierde ese énfasis en la vida cristiana práctica, si bien San Pablo también insistió en una gracia con responsabilidad. Pero el valor del Sermón del Monte como la esencia de la vida y el carácter del cristiano, en la cual la justicia exhibida por éstos es superior a la de los escribas y fariseos, porque es una justicia que brota del interior y no una meramente religiosa, pierde autoridad.

El Dilema de Santiago

Como hemos explicado anteriormente, Creciendo en Gracia le resta credibilidad a los apóstoles que ejercían su ministerio entre los judíos: Pedro, Juan y Jacobo o Santiago. Pero de estos tres, Santiago es el más aborrecido por este movimiento. La epístola de Santiago es considerada por Creciendo en Gracia como un ejemplo de legalismo y falsa enseñanza. ¿Cómo entonces se coló la misma en el canon de las Escrituras? La explicación que tuve la oportunidad de oír de labios del mismo "apóstol" José Luis De Jesús (fundador y líder de la agrupación), es que Dios quiso incluirla porque leyendo las aberraciones de Santiago, podemos

apreciar las verdades de Pablo. De esta manera la inerrancia de las Escrituras y la utilidad de toda ella para instruir y enseñar queda en tela de juicio.

La epístola de Santiago causa dificultad a muchas personas indoctas que tuercen las Escrituras. Santiago es un libro sumamente práctico cuyo tema central es el testimonio y el fruto del creyente como evidencia de una fe genuina. Santiago está confrontando precisamente esa fe sin sustancia, de boca solamente, pero sin fruto, sin la evidencia de una vida realmente transformada. El segundo capítulo de Santiago ha sido interpretado erróneamente por algunos, pretendiendo que Santiago estaba afirmando que la salvación viene por las obras. Obviamente esta es una mala exégesis del texto. Santiago afirma “Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.” La frase que resume la exposición de Santiago es que la fe sin obras es fe muerta. ¡Y no hay verdad más real que esta!

Pero el rechazo a Santiago va mucho más allá de una mala exégesis del texto. Las palabras de Santiago son estacas clavadas en la arrogancia de toda persona que busca vivir una gracia sin compromiso, una gracia barata.

¿Afirma Santiago que la justificación es por las obras y no por la fe? Por supuesto que no. ¿Por qué entonces afirma en Santiago 2:24 que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe? Cuando se saca este verso del contexto de todo el capítulo dos, parece ser que Santiago está en desacuerdo con Pablo, pero es todo lo contrario. El verso 22 nos da la clave de lo que está diciendo el apóstol: La fe se perfeccionó por las obras. En otras palabras, la fe vino primero, pero las obras como resultado de esa fe la perfeccionaron y la confirmaron.

Los cristianos que creemos en la verdadera gracia bíblica sabemos que la salvación es sólo por la fe. Pero a la misma vez sabemos que esa salvación produce obras piadosas, fruto de arrepentimiento. El mismo apóstol Pablo lo reconocía cuando evitaba imponer las manos para ordenar al ministerio a personas neófitas o que no tuvieran un testimonio sano o cuando en la mayoría de sus epístolas habló de hacer morir lo terrenal, de practicar una vida piadosa y de combatir en contra de los apetitos carnales. El mismo Jesús lo enseñó claramente cuando dijo que todo árbol que no da fruto es cortado y echado al fuego (Mat. 3:10; 7:19). El mismo Señor fue el que dijo: Por sus frutos los conoceréis (Mat. 7:20).

El problema de Creciendo en Gracia no es que rechaza únicamente la canonicidad de la epístola de Santiago. sino que niega la validez del Antiguo Testamento, porque nada en el mismo tiene vigencia; niegan la validez de las enseñanzas de Jesucristo; niegan la validez de las epístolas pastorales de Timoteo y Tito (escritas por el mismo San Pablo), y la validez de las cartas de Juan y Pedro. Obviamente, también se rechaza al Apocalipsis porque fue escrito por Juan, quien según ellos, no era un apóstol de la gracia. De modo que la “biblia” de Creciendo en Gracia sólo consta de unas cuantas epístolas paulinas. No hay duda de que la posición de este movimiento es totalmente sectaria y herética al rechazar la inerrancia de las Escrituras y tomarse la osadía de decidir qué libros de las mismas son válidos y que libros no lo son.

NOTAS

1. “Las 14 epístolas de Pablo”, Cápsula 012, 12/92, <http://www.GraciaApostolado.org>
2. Si hay escritos repletos de mensajes de gracia aparte de las cartas paulinas, son las epístolas del apóstol Juan, Pedro y del mismo Santiago.

15 de abril, 1999